

Los padres son el primer apoyo

Por: Daysi Villarreal

Es una mañana soleada guayaquileña y me dirijo, como todos los días, a mi lugar de trabajo. El tránsito está congestionado y hay gente apurada por todos lados. Al llegar al edificio donde funciona el Servicio de Integración laboral para personas con discapacidad, saludo al guardia, quien amablemente abre la puerta. Me dirijo a mi oficina a toda prisa y veo de reojo el reloj del pasillo: 5 minutos tarde

Sentados frente a mi escritorio, están dos hombres; uno de ellos, bastante mayor. Su cabello es cano y su frente poblada de arrugas, sus ojos miran entrecerrados debajo de los gruesos cristales de los lentes, su ropa es modesta, viste: camiseta y jeans.

El otro hombre es muy joven y mueve impacientemente la rodilla derecha. Es bastante fornido, más bien atlético, sus brazos musculosos están cruzados sobre el pecho, lleva una gorra azul, camiseta roja y pantalón claro. Su rostro agraciado, y sus grandes ojos inspeccionan curiosamente todo el lugar. Por algunos minutos, ambos permanecen en silencio, no hay ninguna comunicación entre ellos.

Entro a la oficina, saludo y como de costumbre empiezo con mi trabajo. Soy la orientadora del Servicio de Integración laboral para personas con discapacidad (SIL), una pequeña oficina conformada por 8 personas cuya misión principal es insertar laboralmente a las personas con discapacidad. Dentro de mis funciones está indagar sobre las actitudes y aptitudes de cada persona a fin de orientarlos en la búsqueda de un empleo amigable con su discapacidad, debo llenar una ficha para cada usuario en donde además de los datos personales debe constar información sobre el entorno familiar, detalle de las limitaciones propias de la discapacidad, si sigue algún tratamiento, entre otros datos. Esta información se registra en un sistema que sirve como fuente de consulta a nuestra promotora laboral para enviar las hojas de vida a las respectivas empresas, según los perfiles que ellos soliciten.

El hombre mayor contesta mi saludo, pero el joven solo sonríe, el señor me informa que el joven es su hijo, tiene discapacidad auditiva y necesita trabajo, supe entonces que el joven es completamente sordo, analfabeto y no sabe nada de lengua de señas, además tiene tres hermanos y todos ellos son profesionales. El padre muestra orgullo de haber podido educarlos a pesar de su pobreza. Pero había olvidado instruir a su único hijo con discapacidad, no le había proporcionado a su hijo sordo las herramientas para que se incluya en la sociedad y sea independiente en su vida. Le pregunto: -" Sr. usted cree que es justo que por ser sordo su hijo no haya podido estudiar y capacitarse para defenderse por sí mismo en esta vida, que es muy dura para todos los seres humanos y mucho más para aquellos que tenemos una discapacidad?. Usted como padre debió ser el primer apoyo para proporcionarle a su hijo todas estas herramientas desde su más tierna infancia.

El padre baja la mirada y balbucea muchas excusas, creo que en el fondo reconoce su error, pero se justifica diciendo que él y su esposa siempre están ocupados

trabajando y que ahora que su hijo sordo es un adulto lo están apoyando ayudándole a conseguir un empleo.

Después de llenar todos los datos que el sistema requiere, la entrevista ha llegado a su fin, doy las recomendaciones sobre los siguientes pasos a seguir para lograr una inclusión laboral plena: el joven sordo debe aprender lengua de señas, debe aprender a leer y escribir, debe capacitarse sobre el uso de utilitarios y asistir a las charlas de motivación y autoestima que se dictan en el SIL. El padre asiente con la cabeza y manifiesta que se compromete a apoyar a su hijo en lograr estas metas. Me despido de ambos con un apretón de manos.